

JULIA LONDON

El amante
secreto



Sophie había cometido un pecado difícil de perdonar en su época: dejó a su marido, huyó al extranjero y obtuvo el divorcio gracias a las influencias de su hermano. Tras ocho años viajando por toda Europa al servicio de Miss Honorine, se ve obligada a regresar a Londres e intenta recuperar su lugar en los círculos sociales. Las cenizas del escándalo aún están calientes, pero lo que no puede sospechar es que se le complicarán más las cosas con la aparición de un hombre, atractivo, audaz y poco recomendable para cualquier señorita sensata. ¿Supondrá este amor una nueva equivocación, o la respuesta a sus deseos más íntimos?

Dedicado a Liza.

*En el fondo de mi alma mora
ese delicado secreto,
siempre solitario y a la luz oculto,
salvo cuando a ti sensible,
mi corazón se hincha,
y luego retoma al silencio,
tembloroso como antes.*

El corsario
Canto1, estrofa 14, «Canción de Medora»
Lord Byron

Prólogo

Londres 1836

Sophie casi no oía lo que le iba diciendo Stella; los latidos de su corazón le rugían tan fuerte en los oídos, agolpándosele en la garganta, que le costaba incluso respirar. El frío era intenso, tan intenso que tenía la impresión de que le hacía vibrar con creces todas las magulladuras de su cuerpo. Pero era justamente ese sordo dolor el que la obligaba a poner un pie delante del otro y continuar caminando por la acera, pausadamente, como si fuera tranquila, a pesar de que una voz interior le advertía que volviera: «Vuelve, vuelve, vuelve. No es demasiado tarde. Él no se enterará de que intentaste escapar si vuelves ahora».

—¡Ay, *milady!* Es lord Allenwhite el que viene ahí —surró Stella, nerviosísima—. ¿Qué vamos a hacer?

Sophie levantó la vista y vio al gordo caballero que venía hacia ellas a paso enérgico. Instintivamente alzó el mentón y sintió el lacerante dolor en la mandíbula por el golpe recibido esa misma mañana.

—Le saludaremos y continuaremos caminando —dijo en voz baja, haciendo caso omiso de la fuerte presión de los dedos de su doncella en el brazo.

—*Lady Stanwood*, ¿cómo está usted? —saludó el caballero, deteniéndose a tocarse el sombrero.

—Muy bien, milord, gracias —contestó, sintiendo el doloroso apretón de la mano de Stella en el brazo—. Tenga la bondad de disculparme, pero llevo mucha prisa, señor, voy

muy retrasada para una visita a mi modista, y la verdad es que estoy congelada hasta los huesos. Allenwhite pareció casi aliviado, y la saludó con una breve inclinación de la cabeza.

—Sí, efectivamente es un día horrible para estar fuera. No la detendré, *milady*.

—Buen día, milord —dijo ella, y continuó caminando, tirando de Stella y apresurando el paso al ritmo de su corazón.

No podía permitirse el lujo de mirar hacia atrás, sólo podía continuar mirando al frente. Ya casi habían llegado. Era demasiado fantástico para creerlo, pero ya casi estaban ahí. Estaba casi libre.

Doblaron la esquina en Bond Street y al instante cesó el frío viento. Pero ¿dónde estaba Claudia? El corazón se le zambulló en el pozo del miedo: Claudia no estaba ahí. Le había prometido encontrarse con ellas en esa esquina, Audley con Bond Street. ¿Le habría ocurrido algo? ¡Julian! Julian había descubierto su plan e impedido venir a Claudia. No, no, no podía haberse acercado tanto sólo para que se lo impidieran. Eso sería muy injusto. Ay, Dios.

Angustiada, miró hacia atrás por encima del hombro; lord Allenwhite había continuado su camino, con la cabeza gacha, indiferente a ella y a Stella. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que alguien le preguntara si la había visto? Nerviosa se abrió un poco la capa para mirar el pequeño reloj que llevaba prendido en el pecho. Las dos y cinco. Claudia llevaba cinco minutos de retraso.

No vendría.

—Por todos los santos, ¿qué puede haberle pasado a *lady Kettering*? Ay, seguro que algo va mal, lo siento en los huesos —gimió Stella, apretándole aún más fuerte el brazo.

Sin poder asegurarle que todo iría bien, Sophie tragó saliva y miró hacia la esquina, donde no estaba Claudia. Las palabras sencillamente no le salieron, sofocadas por el peso de su corazón, que se le había alojado en la garganta

junto con el miedo, un amargo desencanto y... una loca sensación de alivio.

Se acabó.

Su fantasía de huida había llegado a su fin. Fue una tonta al creer que podría conseguirlo. No le quedaba otra cosa que hacer que volver, correr a casa antes de que William descubriera que había estado a punto de... ¡No! No debía pensar en lo que él podría hacer. Simplemente se iría a casa a toda prisa, antes de verse obligada a imaginárselo.

Encontraría otra manera de escapar de esa pesadilla, seguro.

O tal vez tendría que vivir el resto de sus días con la consecuencia de su estupidez.

De pronto las lágrimas la cegaron y volvió a mirar el reloj. Las dos y siete minutos. Claudia no vendría.

Debería haber sabido que era imposible. Debería haber comprendido que no podría escapar del infierno particular que se había creado ella misma. Cerró los ojos y sintió helarse las lágrimas en las pestañas. Pegada a ella, Stella estaba asustada de muerte. Abrió la boca para decirle que volverían inmediatamente y pondrían fin a esa tonta escapada, pero antes de que pudiera hablar se detuvo un coche de alquiler en la esquina. Se le hinchó el corazón. Stella también se giró a mirar, justo en el instante en que Claudia abrió la puerta, adelantándose al cochero, y bajó de un salto.

Claudia miró a ambos lados de la calle y sus ojos se posaron en ellas, que estaban a unas yardas de distancia, y echó a andar con pasos decididos.

A Sophie se le hinchó el corazón como si le fuera a estallar. ¡Libertad!

Por primera vez desde hacía meses, pudo saborear la dulzura de la libertad mezclada con la acidez del miedo.

Capítulo 1

Lillehallen, colinas de Cristianía^[1], Noruega 1844
Habían transcurrido ocho años desde que huyera de Inglaterra y expulsara de su mente el recuerdo de su vida allí, como un mal sueño. Ocho años.

Sacudiendo la cabeza, Sophie continuó cortando las zanahorias. La idea de volver le era inconcebible, imposible. Volvió a mirar a Arnaud Bastian, sin poder creerle.

—Creo que se equivoca —dijo.

—No me equivoco en nada, *ma chérie* —canturreó el insoportable francés, acercándose otro poco a la mesa llena de cortes de cuchillo en la que ella estaba trabajando—. Mi corazón se hará trizas cuando usted vuelva a Inglaterra.

Estiró la mano para coger un trocito de zanahoria y alcanzó a cogerlo justo antes de que cayera el cuchillo.

—Es evidente que ha vuelto a beber demasiado vino, Arnaud.

—No, vino no. Vodka.

Volvió a estirar la mano pero esta vez ella le impidió coger nada dando un fuerte golpe con el cuchillo en la mesa a menos de una pulgada de sus dedos. Él retiró brusca-mente la mano y la miró horrorizado.

—¡Uy! ¡Qué crueldad la suya, herirme así!

—Sinceramente, *monsieur*, debería considerar la posibilidad de hacer carrera en el teatro —dijo ella y volvió a levantar el cuchillo al ver que él intentaba robar un champiñón.

—¿No? —dijo él, agitando la mano, indeciso.

—No.

Arnaud suspiró.

—*C'est la vie* —dijo alegremente—. ¿Qué está preparando?

—Pescado estofado. Y ahora, *monsieur* Bastian, dígame la verdad, por favor, ¿dijo Honorine que se embarcaría para Inglaterra?

Arnaud hizo chasquear la lengua, se estiró aquí y allá su elegante y arrugado chaleco y se alisó un rizo que unas horas antes formaba parte de un meticuloso peinado.

—*Oui* —contestó al fin, sorbiendo por la nariz e inclinandose a mirar el contenido de la olla—. Creo que sí. *Je ne me rappelle pas*.

Lógico, qué se iba a acordar, pensó ella; para eso necesitaría muchísima más capacidad de la que poseía su cerebro del tamaño de un guisante. Colocó las zanahorias y los champiñones en la olla y de un manotazo apartó la mano de Arnaud de su trasero.

—Entonces tal vez esto ha sido otro de sus intentos de seducirme.

Ahogando una exclamación de horror, Arnaud se llevó la mano a la corbata.

—¡*Mademoiselle!* ¿Me acusa de mentiroso? —preguntó, indignado.

—Pues sí.

—Jeee, ¿cómo podría mentirle, *ma chérie*? Mis ojos, mis oídos, mi boca, todos llenos de sueños con la dulce Sophie.

Llenos de sueños con panecillos dulces más bien. Desde que Arnaud descubriera su talento para cocinar, algo que se valoraba casi tanto como el linaje real entre los franceses expatriados en Noruega, la había cortejado día tras día, a veces suplicándole que se casara con él, y otras sencillamente pidiéndole salmón en salsa de crema. Ese día sus protestas poéticas sólo le valieron un exasperado bufido, mientras ella ponía la tapa a la olla.

Ciertamente no era la primera vez que se veía en calidad de receptora de falsas protestas de amor por parte de uno de los amantes rechazados por Honorine. La verdad, daba la impresión de que el amor propio de los hombres es enormemente grande y frágil, y cuando Honorine se negaba a sucumbir a sus atenciones indeseadas, todos se sentían obligados a buscar a la mujer más cercana con la cual poner a prueba sus encantos para asegurarse de que continuaban intactos. Con más frecuencia que menos, esa mujer era ella, puesto que estaban prácticamente al borde del mundo en ese lugar.

Después de tapar la olla se giró y vio a Arnaud oliscando los panes que había horneado antes.

—*Monsieur*, tenga la bondad de mantener las manos en los bolsillos, *s'il vous plait*.

Arnaud frunció el ceño y, malhumorado, fue hasta la ventana, y allí se quedó mohíno contemplando el lago helado que se divisaba más allá de los viejos muros de Lillehallen, mientras ella terminaba de ordenar los utensilios de cocina.

—¿Por qué está encerrada aquí, lejos de todos? —preguntó él al cabo de un rato, mirando distraídamente por la ventana—. Mírelos cómo patinan. ¿Por qué no está con ellos?

Porque había estado con ellos la noche anterior, e incluso disfrutó de la velada hasta las primeras horas de la madrugada. Pero puesto que jamás había adquirido la energía necesaria para resistir toda una noche de juerga, sobre todo si la juerga duraba hasta la mañana siguiente, se había ido a acostar, agotada.

Por eso, y porque no sabía patinar.

—Aj, qué tontería —dijo él, al parecer leyéndole el pensamiento—. Venga, vamos a verlos patinar. Este sol le pondrá una sonrisa en la cara.

Galantemente le ofreció el brazo. Ella miró el brazo, recelosa. Arnaud se echó a reír.

—¡*Mademoiselle!* ¡Soy un caballero!

Eso era muy discutible, pero el estofado se estaba haciendo y de lo poco que quedaba por hacer se encargaría Hulda cuando volviera del mercado de Cristianía. Además, le encantaría oír la broma de labios de Honorine al mismo tiempo que Arnaud. Esa tontería, esa locura de embarcarse para Inglaterra era sólo eso, una broma, dicha simplemente para fastidiar a Arnaud, porque a él le daba muchísimo miedo quedarse solo en Noruega, por motivos que ella no tenía nada claros.

Los débiles rayos del sol no eran suficientes para calentar el aire, y Sophie ya estaba congelada cuando llegó a la orilla del lago, unos diez pasos más adelante de las manos inquietas de Arnaud. Honorine, envuelta en una capa de vivos colores rojo y púrpura y sus largos cabellos algo canosos sueltos al viento, patinaba torpemente, con los brazos abiertos, y se giraba enérgicamente cuando le parecía que iba a perder el equilibrio. Fabrice, su ex mayordomo, patinaba con pericia, con los brazos cogidos a la espalda, girando alrededor de ella. Roland, el misterioso vinicultor sin viña, también patinaba bien, pero en ese momento estaba más interesado en atravesar a toda velocidad el lago que en intentar emular las sutilezas de Fabrice. Los demás patinaban relajadamente, como si estuvieran en un tranquilo paseo dominguero, sonriendo y saludándola con la mano cuando pasaban cerca de ella.

Estuvo un momento observándolos, y se fijó que en algunas partes el hielo estaba bastante delgado.

—¡Sofía! ¡Ajá, vienes a acompañarnos! —gritó uno de los huéspedes más frecuentes de Honorine.

—*Oui, monsieur Fabre*, por el momento.

Monsieur Fabre se rió hasta que un hipo lo sobresaltó y lo hizo deslizarse hacia atrás.

—Sofía, *bien-aimée*, ven a sentarte conmigo —la instó *madame Riveau*.

Madame Riveau era sin lugar a dudas el ser humano más voluminoso que Sophie había visto en su vida. Estaba sentada en la orilla con el sombrero calado en un ángulo raro, el abrigo de piel arrellanado a su alrededor como una montaña. Cuando se inclinó a dar una palmadita a la manta que tenía al lado casi echó a rodar como un huevo.

—Ven —le gritó alegremente.

Por nada del mundo, pensó Sophie; *madame Riveau* tenía la poco corriente capacidad de hablar sin parar en francés y en inglés, hasta que cayera la última estrella del cielo, y casi sin hacer pausas para respirar.

—Gracias, *madame Riveau*, pero tengo que hablar con Honorine. *Monsieur Bastian* se sentará a hacerle compañía —dijo, reprimiendo una sonrisa al oír el gruñido de él.

Pero Arnaud se sentó obedientemente junto a *madame Riveau* y cogió la botella de vino que ésta le acercó.

Sophie volvió la atención a los patinadores.

—¡Honorine!

Honorine, que ya se movía con más seguridad, se deslizó en dirección a ella, pero en el último momento pasó de largo para dar otra vuelta, limitándose a agitar la mano hacia ella.

Terca mujer.

—¡Honorine! Ven aquí, ¿quieres?

Esta vez Honorine se limitó a reír.

Exhalando un suspiro de exasperación, Sophie se puso las manos en caderas.

—¡Ho-no-rine!

—*Mon Dieu! Que désirez-vous?*

—Quiero hablar contigo un momento, por favor.

Honorine gruñó algo en voz baja, pero se dio un buen impulso y patinó hacia la orilla con los brazos extendidos

delante. Afortunadamente logró detenerse antes de pasar por encima de Sophie. Pero estar detenida en un lugar sobre los patines era algo que no dominaba en absoluto; los pies se le movían atrás y adelante y agitaba los brazos para equilibrarse.

—¿Hablar, hablar! Habla entonces —le dijo, mientras Fabrice pasaba por detrás de ella deslizándose hacia atrás.

—Arnaud dice que quieres embarcarte para Inglaterra pronto. Honorine ladeó la cabeza.

—¿Eso ha dicho? —Moviendo la cabeza hizo chasquear la lengua y levantó la vista hacia donde estaba Arnaud, recostado apaciblemente con la cabeza apoyada entre los muy generosos pechos de *madame* Riveau—. Imbécil.

Una inesperada oleada de alivio recorrió a Sophie toda entera; se rió algo nerviosa:

—La verdad, me cuesta creer la de cosas horrosas que dice este hombre para llamar la atención.

—*Oui*, es demasiado.

—¡Soy una tonta por hacerle caso!

—Él es el tonto. No dije «pronto».

Sophie dejó de sonreír.

—¿Cómo? ¿Qué significa eso?

Fabrice volvió a pasar junto a ellas, esta vez acompañado por Roland, y pasó tan cerca que Honorine se movió y tuvo que agitar los brazos para equilibrarse.

—Significa que nos embarcaremos para Inglaterra a fines de la primavera. Eso no es pronto, ¿verdad? A Arnaud le gusta exagerar las cosas.

Sophie la miró boquiabierta. Eso era imposible, inconcebible. Y sin embargo Honorine estaba ahí con todo el aspecto de haber dicho que iban a ir al mercado. En los siete últimos años jamás había expresado el menor deseo de ir a Inglaterra. Roma, Madrid, Estocolmo, sí. Pero ¿Inglaterra? ¡No podía esperar que ella volviera a Inglaterra!

Honorine sonrió. Sophie se obligó a hacer una inspiración, una bien larga y profunda.

De acuerdo, tal vez Honorine no esperaba que ella la acompañara; eso era, claro. Sin duda tenía la intención de dejarla en *Château la Claire*, en la casa de su hermana. Sí, claro, sí. Pensaba irse de vacaciones sola dejándola a ella con Eugenie.

—Cierra la boca, Sofía, un pájaro podría hacer su nido ahí.

—Al menos podrías haberme dicho que pensabas tomarte unas vacaciones —le dijo, irritada.

—Te lo digo ahora, *chérie*. Es *magnifique, non?* Muchos años han pasado desde que estuve en mi Londres.

¿Mi Londres?

—Y hace mucho frío aquí.

—Muy bien, comprendo. Yo me quedaré con Eugenie, claro. ¿Cuánto tiempo piensas estar ausente?

Honorine se echó a reír, y volvió a agitar los brazos.

—Niña tonta, no creerás que te voy a dejar con Louis Renault. Vienes a Londres también.

Ay, Dios, ay, Dios.

—¡Londres! —espetó Roland pasando veloz por detrás, cogido del brazo de Fabrice—. Esa ciudad inmunda.

—*J'adore* Londres —le informó secamente Honorine por encima del hombro.

La incredulidad casi atragantó a Sophie. Honorine no había puesto los pies en Londres desde hacía más de quince años; ella misma se lo había dicho cuando la tomó de dama de compañía hacía siete.

—Pero... pero si casi no recuerdas Londres —insistió.

Honorine se encogió de hombros, levantó un brazo y lo volvió a bajar.

—Deseo volver a verlo.

A Sophie no le gustó nada ese repentino cambio de planes; le agradaba vivir ahí en las colinas con vistas a Cristianía. Noruega era el lugar perfecto para ella, remoto, oscuro...

—No puedo ir a Inglaterra, y mucho menos a Londres, Honorine —exclamó, mientras Fabrice y Roland pasaban veloces por detrás de Honorine.

—Aj —exclamó Honorine, con un movimiento de la muñeca.

—¡No puedo!

—*Pourquoi?* —preguntó Honorine, como si no tuviera la menor idea, observando a Fabrice ejecutar un giro perfecto en el aire, y aterrizar grácilmente sobre un pie—. *Ooh, très bien!* —le gritó.

Sophie continuó mirándola fijamente, sin hacer caso de las proezas de Fabrice. Honorine sabía toda su historia, conocía todos los detalles del sórdido escándalo que fue la causa de que tuviera que salir de Inglaterra. ¿Cómo podía sugerirle que volviera?

—Porque... —dijo en voz baja.

Honorine se encogió de hombros.

—¿Porque? ¿Eso es todo lo que dices?

—¿Porque? Porque hubo ese escándalo —susurró Sophie en tono acalorado, sintiendo un enorme deseo de cogerle el cuello y apretárselo fuertemente.

—¿Sólo eso? —bufó Honorine, en el preciso instante en que *monsieur* LaForge caía detrás de ella, enterrando una pierna en el hielo.

—¿Sólo eso? —exclamó Sophie casi chillando.

Honorine se agachó hasta tocarse las puntas de los pies y luego, manos en caderas patinó hacia atrás, indiferente a sus invitados que iban corriendo a auxiliar a *monsieur* LaForge, que estaba medio sumergido en las heladas aguas del lago.

—Pero ya se huele la primavera en el aire, ¿no? No me gusta Noruega. Hace demasiado frío.

—¡Pues no se huele la primavera en el aire! —gritó Sophie, cruzándose de brazos, sólo vagamente consciente de que Fabrice, Roland y *monsieur* Fabre estaban tendiendo